



Desde que su amiga Verónica le contara que había conocido a la Princesa Encantada de Cazorla, Rocío fisgoneaba por todos los arroyos cuando iba de excursión. Quería tener la misma experiencia que su amiga; encontrarse con animales encantados del bosque, y hablar con ellos. Tanta era su obsesión, que cuando hacía recorridos por las riberas y era sorprendida por algún animal, fuera reptil, pájaro o mamífero, ella les gritaba: ¡Eh, criatura! ¡Párate! ¡Quiero hablar contigo! Pero ninguno le hacía caso. Tan sólo creyó, una vez, que el milagro iba a producirse.

Fue, cuando un joven y atrevido zorro se paró varias veces, cada vez que Rocío gritaba; mirándola perplejo. La niña pensaba que el raposo quería hablar con ella, pero éste salía pitando cuando se le acercaba.

No obstante, la insistente curiosidad de Rocío tuvo un día su premio. Estaba de excursión por la Serranía de Ronda, cuando paseando por la ribera del Rio Genal, curioseándolo todo como era su costumbre, llegó hasta un talud arenoso en el que había un agujero, no más ancho que su puño, y vio que desde el hoyo se asomaban una especie de rabillos.

Estaba segura de que pertenecían a un ser vivo que había dentro, y quiso saber qué bicho era. Entonces cogió un palitroque y lo introdujo en el agujero con la intención de hacerle un poco de cosquillas, para que se moviera y así poder reconocerlo.

Efectivamente. Aquella cosa viviente reaccionó, pero apenas se movió, y Rocío no pudo distinguirlo. Hasta cuatro veces metió el palito con el mismo resultado.

Pero la niña persistió moviendo el tosco palito más bruscamente, y el animalito desapareció dentro del agujero. De repente, una voz retumbó en la ribera.

-Oye pequeña ¿por qué no te vas a otro lugar y me dejas descansar tranquilo? Con el problema tan grande que tengo, lo que menos necesito es que una niña como tú venga a incordiar-me. Anda nena; vete a coger berros y déjame en paz.

Rocío se quedó perpleja. Pensó que ¡por fin! se había encontrado con una criatura mágica y parlanchina.



Pero... ¿De quién era esa voz? Tal vez, como le ocurrió a su amiga Vero, era una Lagartija de Valverde. No. No veía lagartija alguna por allí.

Entonces no podía estar en otro sitio que en el agujero.

"No me iré sin saber quién está ahí dentro-, se dijo. Y se agachó gritando hacia la madriguera.

-¡Eh! ¡El que está ahí escondido! ¿Eres tú el que me has hablado?... ¡Respóndeme!-. Durante unos instantes hubo un silencio, y tuvo duda. Miró a los árboles, por si el dueño de la voz pudiera encontrarse en la frondosa copa de uno de ellos.

-¿Aun no te has ido?- escuchó decir de repente-. Y al mirar de nuevo el agujero se quedó espantada con lo que veía. Aquel era el bicho más raro que había visto en su vida. Parecía un escorpión, pero era más robusto que éste y de color verde azulado. No, no tenía ni idea a qué especie pertenecía aquella criatura.

-¿Qué te pasa niña? ¿Es que no has visto en tu vida un cangrejo de río?-

Aunque aun estaba asustada, Rocío pensó la pregunta sin atreverse a responder al crustáceo.

"La verdad es que... no sabía que los cangrejos de río existieran", se dijo.

-Bueno, ya has conseguido despertarme ¿Qué es lo que quieres?-. Rocío estaba cortada como un limón. Pues el cangrejo, con sus enormes pinzas y los ojos fuera de la cabeza, le impresionaba.

Además pensó que, aunque se mostraba pacífico, podía atacarla. Un pellizco con aquella especie de ganzúas tenía que doler mucho-. ¿Qué pasa? ¿Te has quedado muda? ¿Para esto tanto incordio?-. Rocío se sintió obligada a responder.

-Perdona. Pero es que...

-Sí, ya sé que soy un bicho muy raro y feo. Pero eso depende de quién te mire. A mí por ejemplo, tú me pareces un ser extraño. Y mira que he visto criaturas raras en este río-. Rocío permaneció callada e inmóvil. Entonces el cangrejo, en tono conciliador le dijo-. Oye no te ofendas; que seguramente para tu gente eres una chica muy linda.

-No, si no estoy ofendida. Lo que pasa es que estoy muy emocionada por conocerte y hablar contigo.

-Bueno, bueno; tranquila que no es para tanto. Pero dime ¿Qué quieres de mí?

-Nada especialmente- respondió Rocío-. Yo no quiero molestarte, ni pretendo hacerte daño. Lo que ocurre es que llevo tiempo buscando encontrarme con un ser como tú. Hasta he pensado que sólo la lagartija que vive en la Sierra de Cazorla era la única que podía hablar.

-¿Te refieres a la Lagartija de Valverde?- preguntó el cangrejo rondeño.

-¡Sí! ¿La conoces?- preguntó Rocío expectante.

-No directamente. ¿Entonces tu eres la niña ecologista con la que se encontró esa lagartija?- interrogó el de los ojos desorbitados saliendo completamente de su escondrijo.

-No. Esa es mi amiga Verónica- dijo con orgullo Rocío.



-Ella fue la que me convenció de que existían en los bosques animales encantados con los que una podía comunicarse. Pero... ¿Y tú cómo sabes que Vero conoció a la Princesa Encantada de Cazorla, si aquella sierra está tan lejos de aquí?-

-Pues lo sé por el rumor del agua ¿O es que no sabes que todos los ríos se comunican?- dijo el cangrejo como regañándola por su ignorancia. De todas maneras, Rocío dudó lo que el crustáceo le decía. Sin embargo cosa más extraña era que estuviera hablando con un cangrejo.

Por lo tanto, el de las patas como garfios le podía estar diciendo una gran verdad.

-Bueno, me voy. Me gustaría seguir conversando contigo y saber de ti y de tu especie; pero me has dicho que estás muy cansado y no quiero seguir molestandote- le dijo Rocío con delicadeza-. Otra vez será. Adiós.

-¡No, no te vayas!-gritó el cangrejo-. Ahora sé que eres una buena criatura y quiero que me ayudes a salvar a mi especie.

-¿Qué te ocurre?- preguntó Rocío.

-Un desastre, querida niña. Pues los cangrejos serranos estamos sufriendo una horrible invasión que acabará con nosotros-dijo el cangrejo con tono desesperado.

-¿Una invasión?- interrogó intrigada Rocío-. ¿Te refieres a los turistas y domingueros que vienen por aquí?

-No chica. Esa gente también a veces nos molesta, pero no son ellos los invasores que te digo.

-Entonces ¿quiénes son esos invasores?-preguntó Rocío.

-Te costará trabajo creértelo; son parientes nuestros-.

Esta afirmación sorprendió a la niña. Ella creía que estas cosas sólo pasaban en las relaciones humanas.

-¿Entonces los cangrejos del mar llegan hasta las montañas?

-No. Con esos primos no tenemos problemas. Ellos no suben hasta aquí; porque sólo pueden vivir en aguas saladas. Los que nos agreden son unos parientes americanos de las tribus Clarki y Lenius-.

El cangrejo percibió que Rocío se interesaba por el problema que le afectaba a él y a los suyos. Dispuesto a no perder la oportunidad - su última oportunidad- de que la chica le ayudara, prosiguió su relato-. Escúchame bien lo que quiero contarte, amable chiquilla. Soy Cebrén, el cangrejo brujo de los arroyos de esta sierra-.



La niña puso cara de asombro-. Una mañana observamos subir por el río, una caterva de estos indeseables primos, y aunque extrañados por su presencia en nuestro río, al principio no nos preocupamos, pues pensamos que venían a visitarnos; y hasta nos alegramos con su llegada. Sin embargo, querida... ¿Cómo te llamas?- preguntó Cebrén, haciendo un inciso en su narración.

-Me llamo Rocío.

-Rocío... ¿Por dónde iba?

¡Ah, sí! Que desgraciadamente nuestros parientes no venían en son de paz, y eso lo comprobamos un grupo de nosotros, cuando fuimos a darles la bienvenida; y vimos estupefactos que por donde pasaban, había desaparecido toda la vegetación que nos servía de alimento, y ocupaban nuestros refugios en los taludes y piedras.

Cuando regresamos a nuestras colonias, les dije a todos, que nuestros lejanos parientes no eran pacíficos; que venían con la intención de apoderarse de nuestros ríos y riberas; y que teníamos que prepararnos para defendernos, si no acabarían con nosotros.

-¿Y qué hicisteis?-interrogó la chavala.

-Pues yo en mi calidad de brujo, preparé un elixir con unas plantas que nacen en la Poza de la Cal, para que los míos fueran más fuertes en el combate.

Aunque no sirvió de mucho para resistir las mortíferas armas químicas que poseían; ya que al sólo contacto con ellos dejaban paralíticos a los míos, y al poco tiempo se morían.

Nuestras bajas han sido numerosas.

-¡Qué horror! - exclamó Rocío, recordando las lecciones de historia sobre las invasiones de los bárbaros del norte que lo arrasaban todo a su paso. Y se sintió solidaria con el cangrejo Cebrén y los suyos.

-Entonces- continuó el cangrejo- ante la situación que estábamos sufriendo, nos refugiarnos en la cabecera del río Genal, e hice un conjuro en un salto rocoso para cortar el río, y así impedir que los invasores rojos subieran en nuestra persecución. El conjuro ha tenido su efecto; pero sólo durará un tiempo y las aguas volverán a correr por el salto rocoso, y otra vez nos atacarán - se lamentaba el crustáceo-. Ahora los de mi especie confían en que yo invente un nuevo elixir que los haga inmunes a las armas químicas que poseen esos indeseables parientes... Pero yo no sé cómo lo voy a conseguir; y el tiempo corre en nuestra contra- se lamentaba Cebrén-. Por favor, Rocío, ayúdame- le suplicó.

-Pero... ¿cómo podría yo ayudarte, contra una invasión tan terrible y agresiva?

-No lo sé muy bien; pero sí sé que tu especie tiene poderes para ayudarnos. A lo mejor uno de vuestros brujos es capaz de preparar la pócima que los cangrejos necesitamos.

-No conozco ningún brujo. Además, entre nosotros los brujos tienen mala fama. Quienes os pueden ayudar son los biólogos.

-Bueno, pues éstos.

-Sí claro. Pero debes saber que si yo cuento a los adultos de mi especie que he hablado con un cangrejo y les explico tu problema, no me van a creer y me tomarán por una chiflada - dijo Rocío como excusándose.

-Pues si tú no me ayudas, será el exterminio para nosotros- dijo Cebrén acongojado.

Un silencio triste se apoderó de la ribera. Rocío miraba el movimiento lento de las antenas de Cebrén, sintiendo su preocupación y amargura.

-Está bien- dijo Rocío en un arranque de osadía.
-Le contaré tu problema a los de mi especie, a ver si pueden ayudaros-.

-¡Oh gracias...! ¡Muchas gracias, Rocío!

-Bueno Cebrén, ahora sí que tengo que irme. Prometo contar vuestro problema a las personas que pueden ayudaros, pero no te aseguro que me hagan caso. De todas formas vendré a verte dentro de unos días, para saber cómo estáis.

Rocío se despidió de Cebrén abrumada por la responsabilidad que había contraído. Se daba cuenta de que en sus manos estaba la posibilidad de salvar de la extinción a muchos cangrejos andaluces.

Cuando se dirigía al pueblo de Igualeja, la andarina Rocío se encontró con un todoterreno parado en un camino forestal, y a dos agentes de medio ambiente comiéndose sus meriendas. Los agentes se inquietaron al ver a la niña aparecer entre los arbustos de la ribera del río Genal, en dirección hacia ellos. Pensaron que la chiquilla se había perdido.

-Buenos tardes-saludó Rocío sin mostrarse nerviosa-. ¿Me podrían poner en contacto con su director?

-¿Nuestro director?- preguntó sorprendido uno de los agentes-. ¿Qué te ocurre? --¿Te has perdido?

-No. no me he perdido. Sé que el pueblo de Igualeja está mas o menos a un kilómetro de aquí.

-Entonces ¿qué problema tienes?

-Yo... A mi no me pasa nada; pero hay una población de cangrejos que vive más allá de la Poza de la Cal que están en peligro.

La respuesta de Rocío extrañó a los dos agentes. Uno de ellos, con la intención de seguirle la corriente, le dijo:

-¿Y por qué están en peligro?

- Porque están siendo invadidos por unos parientes lejanos, que tienen armas químicas y con ellas los están aniquilando- respondió Rocío.

Los agentes se miraron incrédulos, y esbozaron unas sonrisas sarcásticas. Sin embargo, uno de ellos caviló lo que contaba la niña y se percató que había cierta coherencia entre la información

que sobre la mala situación ecológica de los cangrejos autóctonos ellos poseían, y lo que la chiquilla contaba.

Asimismo, la actitud tan seria de aquella criatura, aparecida de sopetón entre los arbustos de la ribera, le hizo reflexionar. Pero... aquello que los cangrejos tenían armas químicas, era demasiado incomprendible.

-Bueno, chica ¿Te llevamos al pueblo y así le cuentas a tu familiares o amigos tu fantástica historia?- propuso el otro agente ignorando y burlándose de lo que Rocío había contado.

Ésta se encogió de hombros y no respondió.

-¿Y dónde dices tú que has visto esos cangrejos?- preguntó el agente que había reflexionado lo relatado por Rocío.

-Bueno, yo sólo he visto a uno.

-Y por ver a uno, te inventas esa historia sobre una guerra entre cangrejos. ¡Qué chica más fantástica eres!-exclamó el agente más intransigente.

-Es que el que yo he visto-, (pensó decir con el que había hablado) es el brujo de las poblaciones de esta serranía - dijo Rocío del tirón.

De nuevo los agentes se miraron incrédulos. Aquello era el colmo de los colmos. La cosa se ponía más tensa. Porque ya no sólo había una guerra de cangrejos; sino que uno de ellos era un brujo. Rocío pensó que estaba metiendo la pata; que no se había explicando bien. Pero es que no podía explicarlo de otra manera.

-Bueno. Vamos a llevarte al pueblo para que te encuentres con tu gente- insistió el agente más severo un tanto mosqueado.

-No, espera- dijo su compañero, que parecía tener más mando-. Vamos a ir al sitio donde dice la chica que ha visto ese cangrejo. No perdemos nada con comprobar si más arriba de la Poza de la Cal queda todavía una colonia de estos. Ya sabes lo que nos informaron en la Delegación de Medio Ambiente sobre el peligro que corren los cangrejos de extinguirse.

-Está bien. Vamos- aceptó su compañero con resignación.

No tardaron mucho en llegar a la zona que les indicó Rocío. Al rato de rastreo, comprobaron que efectivamente había cangrejos, pues vieron a varios. Pero al poco de observarlos, el agente que le hizo caso a Rocío, se percató de que los cangrejos hallados tenían las patas rojas. Se puso unos guantes y cogió uno, mirándolo detenidamente.

-Son rojos - dijo categórico. Rocío no sabía qué importancia tenía eso. Sin embargo se atrevió a decir:



-El que yo vi era verde azulado.
-¿Dónde exactamente lo viste, lo recuerdas?- le preguntó el agente.

-Fue más arriba-respondió.

De repente tronó en la ribera el vozarrón del otro agente.

-¡Ven Ramón! ¡Aquí hay más!-. Los cangrejos que había descubierto este agente estaban situados doscientos metros río arriba, y eran más numerosos.

-Estos son los nuestros- dijo Ramón nada más verlos-. Los de abajo son invasores.

A Rocío se le encendió como una luz, y dijo: Entonces Cebrén tenía razón ¡Qué bien!

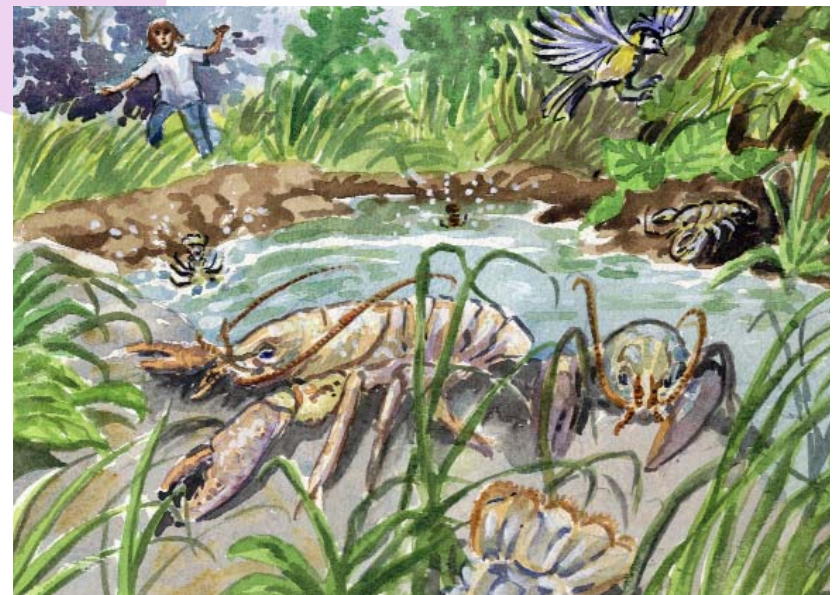
Los agentes la miraron, pero ya no extrañaron su comentario. De todas maneras, lo importante era el doble descubrimiento. Por un lado el de la colonia de cangrejos autóctonos, para poderla proteger; y por otro el saber que sus peores enemigos, los cangrejos rojos invasores, estaban a punto de

atacarla.

Con su acción solidaria y ecologista en ayuda de Cebrén y los suyos- pese a lo insólita que era su narración- Rocío había evitado un problema medioambiental de gran envergadura.

Pero como lo prometido es deuda, tres semanas después, Rocío volvió al lugar de su encuentro con Cebrén, el cangrejo brujo.

A su vuelta por la zona comprobó que algunos cambios se habían producido: unos letreros recordaban a la gente que no se pescaran cangrejos y



se respetara la Naturaleza.

Al llegar al sitio, vio a los mismos agentes cerca de la orilla recogiendo unas muestras de agua. Al verla se alegraron.

-¡Hombre, mira quién está aquí! ¡La amiga de los cangrejos! - dijo el agente que se mostrara más "desaborío" -. ¿Vienes a que te cuente otra historia tu amigo el brujo de los correntines de agua?

-No. He venido a ver cómo están los cangrejos- respondió un tanto cortada por el tono guasón en el que le hablaba.

-Los cangrejos están bien. Estamos vigilando que no lleguen los invasores- dijo el agente Ramón con una sonrisa de complicidad-; además parece que ahora que los estamos cuidando, hay más-. Rocío se alegró con lo que éste le contaba.

-Bueno chica, hemos terminado por hoy nuestro trabajo ¿Tú te quedas por aquí?

-Sí. Voy a seguir paseando un rato más.

-Bueno, pues ten cuidado, eh- le dijo en tono

paternal.

-Sí. Gracias-.

Rocío merodeó por allí un buen rato, intentando hallar el agujero que le servía de guarida a Cebrén.

Sin embargo no lo encontraba. Probablemente no estaba en el mismo sitio, o tal vez otro animalillo lo había tapado. Un poco más arriba vio un grupo de cangrejos que parecían tener una tertulia.

-¡Hola Cebrén, estoy aquí! ¡He venido a verte!- gritó con cierto corte, por si los agentes u otras personas pudieran oírla-.

Cebrén ¿me oyes? Nadie le respondió. Tan sólo consiguió que todos los cangrejos allí reunidos, y un pájaro carbonero se dispersaran. De nuevo lo intentó varias veces con el mismo resultado. Decepcionada se levantó para irse. Pero cuando no había caminado más de cuarenta metros, escuchó como en eco decir: "¡Hola Rocío!"

La amiga de los cangrejos volvió corriendo el mismo lugar; pero no encontró a Cebrén ni a nin-



gundo de los suyos.

¿Cebrén...?- preguntó al aire con más incertidumbre. No hubo respuesta. Aunque ahora no se sintió decepcionada, sino que le invadió un sentimiento de orgullo. Orgullo por haber contribuido a salvar de la extinción a nuestros "parientes lejanos", los cangrejos andaluces.

-¡Adiós Cebrén!- exclamó como despidiéndose del lugar.
